

Y  
2275

Ej. 1  
1835

UNIVERSIDAD

CENTRO

de Patrimonio Documental



y.  
2275  
1856

Título Creado: Carta al obispo vecobae,  
regolar y a todas las fieles  
cristianas.

UNIVERSIDAD  
EAFIT®

---

Sala de Patrimonio Documental



UNIVERSIDAD

EAFIT



---

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD  
EAFIT®

---

Sala de Patrimonio Documental



**NOS MANUEL JOSE MOSQUERA**

**POR LA GRACIA DE DIOS I DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA  
ARZOBISPO DE BOGOTA.**

**Al Venerable Clero Secular i Regular, i a todos los  
fieles cristianos de nuestra Arquidiocesis, salud i ben-  
dicion en N. S. J. C.**

**C**ADA año llenamos de buena voluntad, Venerables Her-  
manos i carisimos Hijos nuestros, el deber de anunciaros la  
aproximacion del santo tiempo de la penitencia, para no apar-  
tarnos de las huellas que nos dejaron los mas grandes obispos  
desde los primeros siglos de la Iglesia, segun los testimonios de  
Tertuliano i San Basilio; pero para dirijiros la palabra con tan santo  
motivo entramos siempre en nosotros mismos, consultamos con  
nuestra conciencia delante del Pastor invisible i eterno: i viendo  
los diversos males que hoi desmedran i arruinan la grei que nos  
ha sido confiada, preciso es que nuestro celo se inflame contra la  
causa mas grave i jeneral de la decadencia de la fé i de las cos-  
tumbres, mas bien que contra la sola violacion de la lei de la  
penitencia. Nuestro corazon devora dia i noche indecibles  
amarguras, porque de continuo los pastores, los sacerdotes, las  
personas piadosas vienen a desahogar en nuestro pecho la tribu-  
lacion que anubla sus almas por la triste experiencia que en las  
ciudades i en las parroquias se recoje todos los dias de la perva-  
sion enjendrada por la lectura de los libros irrelijiosos.

Inútil seria disimular un escándalo que entre todos los que  
han afijido a la Iglesia, no hai otro mas alarmante por sus con-  
secuencias, ni mas enemigo de la vida de las almas: escándalo  
que se sobrepone a todos los respetos, que cada dia toma mayores  
dimensiones, que llena de amargura los corazones cristianos, i

que hace derramar abundantes lágrimas a los amigos de Dios. Tiempo hubo en que teníamos la inestimable felicidad de no conocer esas producciones del infierno, sino por noticias: solo sabíamos la existencia de los enemigos de Dios para deplorar su ceguera, i bendecir al Señor que nos preservaba del contagio, haciéndonos disfrutar del conocimiento puro de la verdad. Pero causas que nadie ignora rompieron los diques que contenían las aguas del averno; nuestro país fué inundado de un mar de corrupción; la herejía, la incredulidad, el ateísmo, la indiferencia se mostraron sin rebozo; i el jóven inesperto i acalorado, el padre de familias, el anciano, el sacerdote, el mismo sexo débil formado para las castas delicias de la fé, todos fueron amenazados del contagio; i esa fiebre pestilencial ha causado ya mas destrozos en la vida moral de nuestra sociedad que la peste negra i el cólera asiático en el antiguo mundo diezmando las poblaciones. Una nube de apóstatas comenzó a formarse de años atras en las impurezas de Volney i Pigault-le-Brun, en los desvarios de Dupuis, en las sacrílegas burlas de Voltaire, i en cien libros mas del filosofismo del siglo décimo octavo; aumentose despues la densidad de esa nube con el materialismo de Tracy i Benthan, con el filosofismo del presente siglo, tan enemigo de Cristo como aquel; pero mas sutilizador, sobradamente fecundo en recursos, para revestir su incredulidad con todos los ropajes del drama i del romance, con las formas históricas i filosóficas, i á veces hasta con coloridos de relijion. Identificados todos en el odio contra Jesucristo i su Iglesia Santa, amenazan la Relijion, la sociedad, la paz doméstica, las jeneraciones que nos sigan.

Sin embargo de tantos estragos como ha hecho, i hace todos los dias el mortífero veneno de los libros irreligiosos; quedan todavía cristianos, i no pocos, fieles a la doctrina de Nuestro único soberano i Señor Jesucristo; pero aun entre ellos mismos por una inconsecuencia inesplicable corren los malos libros, se leen, se venden, se propagan. ¿Cual es el motivo que les lleva a leer unos libros en que, con mas o ménos disfraz, es insultada, atacada, minada esa misma relijion que profesan, i que aman? ¿La curiosidad, los atractivos de las formas del romance o del drama, las bellezas literarias? Vanas respuestas por cierto; pero que mil veces se oyen cuando una voz celosa de la gloria de Dios i de la salvacion de las almas imprueba tamaño abuso. Sea cual fuere el nombre que se le dé, él no es otra cosa que una temeraria osadia llena de peligro, siempre acompañada de pecado.

El Apóstol San Pablo habia anunciado que vendria un tiempo en que aparecerian hombres de un espíritu corrompido: llevados en alas de la soberbia, i siguiendo la oscura senda de aquel impio griego tan alabado por un poeta romano, miran la



religion con ojos temerarios, andan siempre aprendiendo en sus sistemas, sin llegar jamas al conocimiento de la verdad. En castigo de su audacia caen sobre ellos tinieblas, que ciegan a los orgullosos escudriñadores de la majestad de Dios, cuya gloria les oprime. *Scrutator majestatis oprimetur a gloria.* (Prov. XXV. 27). Tal es la idea que nos dan los libros santos de los secuaces de la sabiduria del mundo que es locura delante de Dios (I. Cor, III. 19.), a quienes les es dada boca para hablar altanerias i blasfemias (Apoc. XIII.) contra lo verdadero, contra el augusto nombre de Dios, contra sus santos, contra el Cielo i contra su Iglesia.

Esta misma es la idea que podemos daros de los libros irreligiosos. Bajo apariencias de utilidad, con las pompas i galas del estilo i de la poesia, con los adornos de especiosos sistemas, muéstranse sus autores animados del celo del bien público; pero si se examina el espíritu que ha dirijido su pluma no se encuentra mas que blasfemias. Mas cuando los hombres sabios i sensatos miran con horror i con recelo semejantes producciones, la temeraria ignorancia, se atreve a pasar las horas i los dias en lecturas temerarias, fundada en una confianza tan falsa como la del que durmiera sosegado al lado de una serpiente venenosa, i de este modo esponen muchos a un peligro próximo la fé, que pierden luego en castigo de su temeridad, por seduccion i por corrupcion.

Basta para convencerse de esta verdad atender a los primeros elementos de la religion, a aquellos principios que acompañan tempranamente una cristiana educacion, i que nadie puede negar sin hacerse digno de los anatemas fulminados por la Iglesia contra Pelajio i sus sectarios; a saber, que la fé es un don de Dios; que no podemos llegar a ella sino con la gracia, i que sin la gracia tampoco podemos conservarla. Pero cuando por una curiosidad, cuya deformidad no se esplica llamándola frívola, se permiten los temerarios la lectura de libros irreligiosos, o para espresarnos mejor, cuando llevan el inestimable tesoro de la fé al centro de los enemigos conjurados para arrebatárselo, ¿en qué pueden fundarse para contar en semejante peligro con los auxilios del Cielo? ¿La misma oracion que en un peligro voluntario dirijiesen al Señor no seria una burla impia? ¿Dios ha prometido por ventura salvar al que ama el peligro? ¿No ha dicho que perecerá el que se ponga en él por su propio querer? La misma gloria de Dios parece interesada en abandonar al temerario, que lisonjeándose de su firmeza, desafia los peligros contra las máximas de la religion.

Que los jenerosos hijos de Matatias, devorados por el celo de la casa del Señor, tomaran las armas para vengar las profanaciones

de un pueblo infiel, i que despues de haber invocado al Dios de sus padres, se precipitasen en medio de los batallones de los incircuncisos, nada debia estrañarse; sino esperar lo todo del cielo que los animaba, del lugar que ocupaban, i de los favores del Cielo cuya causa defendian. Pero que Azarías i Josef, llevados del vano deseo de ganar nombradía entre las naciones, corran al encuentro de esos mismos enemigos, sin consultar su deliberacion, sin procurar ántes hacerse propicio al Señor de los ejércitos, es señal cierta de su pérdida por la falsa confianza con que se lanzan en los peligros.

Así tambien: que los ministros sabios del Santuario, al ver los ataques de la impiedad, despues de consultar con Dios, i de obtener la licencia de sus lejítimos superiores, armándose en la oracion i en el estudio, penetren en esa nube de tiros que lanza la incredulidad contra el Evangelio, es de esperarse que salgan libres de toda herida; que quiebren en el escudo de la fé los dardos del impío, i que léjos de tener que llorar su pérdida, aplaudamos sus victorias i nos confirme su triunfo. Pero aquellos que por una curiosidad pueril, o por un ocio inquieto; llevados por motivos no ménos profanos, que el que guiaba a los dos imprudentes israelitas; aquellos que no están llamados a pelear los combates del Señor, ni por su puesto, ni por su instruccion, osan arrostrar los ataques de la incredulidad, bajo el pretesto de que se hallan firmes en la fé, i que su corazon no es irreligioso ¿qué otra suerte pueden esperar que la que el Espíritu Santo tiene anunciada a los presuntuosos, que se confian en la fuerza de su brazo i se glorian en su propia virtud? *Vae, qui sapientes estis in oculis vestris, et coram vobis metipsis prudentes* (I. Sai. V. 21.) Una bien merecida confusion, i pasar de ella a la apostasia, es mui comunmente el término a donde va a parar la temeridad de leerlo todo.

Así lo confirma todos los dias una luctuosa esperiencia. A la lectura temeraria de un libro irreligioso, se siguen impacientes deseos, vivos conatos por conseguir otros; i cual niño inesperto, que al ver un animal desconocido no se sacia de mirarle, se acerca, le toca, le punza, i es víctima de la bestia embravecida, quiere el lector temerario descubrir i escudriñar todo el fondo de ese abismo de error en que al fin se sepulta. ¿I no es esto clara señal de que la fé comienza a debilitarse en esas almas, i que en cada dia se les aumenta el peligro de extinguirse en la lectura de libros irreligiosos? I con todo: los cristianos los leen! i se divierten! i ni aun sienten aquel disgusto tan natural cuando vemos un objeto que nos advierte, o recuerda la posibilidad de

una desgracia! Esta es la prueba perentoria de que a la temeridad se sigue la seduccion.

¿Qué hai en efecto mas propio para sorprender, para alucinar i ofuscar la razon, que las diversas formas que toma el espíritu de incredulidad? Ya es un espíritu audazmente impío, que, atacando a sangre fria las mas altas verdades, hace que sean miradas sin el respeto que les es debido; ya es un talento insidiosamente sutil, que encadena lo falso a lo verdadero con artificio, i que por los razonamientos que agrega, por las bellezas de estilo que a veces mezcla, oculta de tal manera sus lazos, que no se descubren sino por espíritus penetrativos i diestros: unas veces arrogante para sentar principios ruinosos, i sacar consecuencias horribles, exige de la religion demostraciones en los misterios contra la naturaleza de la discusion, sin hacer caso de las luminosas i convincentes pruebas que constituyen el motivo suficiente de credibilidad: otras con aparente modestia i sinceridad solo quiere apreciar cada prueba en su justo valor; pero es para minarlas parcialmente so pretesto de separar la verdad de las preocupaciones, sin dejar sentir de esta manera sus ataques. Pero siempre es un espíritu de escepticismo semejante a las nubes de una tempestad, que al formarse solo presentan obscuridad; pero al fin destrozan i arruinan.

No se nos oculta que se alega la sagacidad natural para descubrir el error, i tomar un hilo que pueda servir útilmente en los caminos tortuosos; i que así lejos de naufragar en la fé, sacarán nuevas armas para combatir con suceso esos monstruos. Pero sabemos mui bien, i tenemos el derecho de decirlo altamente: que muchas veces no basta un talento penetrativo para disipar esas tinieblas i alcanzar el triunfo: que casi siempre se requiere una suma de conocimientos, que ni se tienen, ni se han podido adquirir por mil causas notorias: que no suple la buena intencion, sino que es preciso estar versado en esas materias; porque hai una inmensa desigualdad entre un lector nada o poco preparado para semejante discusion, i un escritor que escoje i dispone sus argumentos con artificio, que separa todo lo que pudiera debilitarlos, que oculta su maligna intencion, i que toca siempre directa o indirectamente en la parte mas flaca del corazon el interes de que resulte falsa la verdad que combate. En una palabra, el escritor impio en sus libros es un combatiente armado i preparado para una astuta estrategia, mientras que el lector temerario descende a la liza sin armas proporcionadas, sin ejercicio en su manejo, i sin pericia para obrar. De otra parte, por lo comun se percibe mas fácilmente la fuerza de la objeccion que su artificio, i entónces aprovechan las pasiones los momentos menguados, para inclinar el corazon allá

donde no se vé la valla de la lei de Dios que las tiene a raya; porque hai una secreta intelijencia entre las pasiones rebeladas i la incredulidad. De aquí nace que se pierda tambien la fé en la lectura de los malos libros por corrupcion.

Por feliz que sea el carácter que hayamos recibido del Criador, llevamos todos dentro de nosotros mismos el principio, la raiz de muchas torcidas inclinaciones, que diestramente favorecen esos libros corruptores, jérmes de presuncion i de indocilidad. Ellos lisonjean al hombre vano constituyéndole repentinamente juez absoluto de sus propios juicios, sin respetar nada, sometiendo al exámen de su razon, segun el derecho que le da una orgullosa filosofía, los procedimientos del Criador; discutiendo la justicia de sus decretos, reformando el plan de su providencia. ¿Cuál es el hombre que no se siente inclinado a romper el nivel que le da un número tan crecido de iguales; a abrirse un nuevo camino, que no le parezca trillado por la timides vulgar; a buscar, en una palabra, algo de singular, para elevar la mediocridad por medio de la vanidad? Hai ciertas ocultas semillas de envidia i malignidad que suscitan en el secreto del corazon una especie de baja i odiosa alegría viendo rebajar el mérito de los hombres respetables; i esta pasion produce en el lector temerario la falsa persuacion de que se eleva, cuando piensa que descenden los grandes doctores de la Iglesia, a quienes habia respetado como maestros, porque su dóctrina es negada, despreciada i ridiculizada par los escritores impios. Engaño funesto, que desaparecería en el mismo instante en que obra la ilusion, si con ella no se introdujese en el corazon el interes de que sea exajerada la severidad de la doctrina de los maestros mas insignes de la relijion. I es tan poderosa la fuerza de este interes, que pone en centinela las pasiones, i donde quiera que ellas descubren una máxima, una opinion que las favorezca, la proclaman, mirando como insorportable rigorismo la justa severidad que caracteriza a la doctrina de la verdad.

Pues si tal es la fragilidad humana, i tales son las inclinaciones torcidas de la carne corrompida, ¿donde pueden hallar los temerarios lectores el privilegio de no perecer en el peligro? Mirad, les dirémos como un profeta, las demas naciones i llorad sus desgracias. La fé desterrada de entre ciertas clases de la sociedad, parece que busca un asilo en el corazon simple del habitante del campo. Si indagais la causa de este mal, no hallareis otra que las lecturas temerarias: reconocereis que todos los que han bebido de esas fuentes corrompidas, se hallan animados de una especie de furor, mil veces mas pernicioso que la mas exaltada demencia; furor impío i sacrílego que se manifiesta por signos diferentes, segun el genio i las inclinaciones de eada uno.

En unos es una acrimonia irritable contra todo el que reconoce la autoridad de la Iglesia de Dios, siempre prontos a lanzar invectivas contra el sacerdocio: en otros es un tono de truhaneria que se burla del culto en todos sus actos, i siempre con el sarcasmo i la maledicencia en los labios, se emplean en suscitar pasiones vulgares contra los ministros del Santuario: ya aparentan otros una íntima conviccion de que las sublimes máximas de la religion verdadera solo son bellas quimeras, i los que las profesan hipócritas o fatuos: ya profesan una criminal induljencia que abre las puertas del cielo a los sectarios de todos los sistemas mas erróneos, i de las pasiones mas indignas: a veces quieren adorar a Dios; pero pretenden en su soberbia saberlo todo inmediatamente en Dios, o abatir la sabiduría del Altísimo sometiéndola a su pobre i limitada intelijencia, i van a parar en no creer nada; en no practicar religion ninguna; i así no es extraño que el vacío de su corazon, la inmensa soledad de su alma los haga esclavos de los sentidos. Finalmente, aun aquellos en quienes no producen todos sus funestos efectos las lecturas temerarias, se enjendra, por lo ménos, un tedio, una repugnancia para los ejercicios piadosos, una culpable desconfianza de los medios de justificacion, que deja dispuestos los ánimos para consumir fácilmente el crimen de la apostasia.

Pero ¿referimos aquí lo que los escritores católicos nos dicen de los países mas avanzados en la triste carrera de la incredulidad, o describimos nuestros propios infortunios i desgracias? ¡Pluguiera al Cielo que solo presentásemos la infausta experiencia de otras naciones, para que nos sirviese de ejemplo! ¡Pluguiera al Cielo que no fuesen tan frecuentes las lágrimas de los padres de familia, los lamentos de los sacerdotes por los terribles estragos que hacen todos los días los libros irreligiosos!

No mencionaremos ahora individualmente esas fuentes de aguas corrompidas, que tanta ruína causan en las ovejas de Cristo. Sabeis mui bien vosotros, que los nombres de las ciencias sirven de velo a la herejía i al materialismo; que la poesía sirve de vehículo a las pasiones repugnantes: que los dramas i las novelas multiplican de una manera incalculable los ataques contra los misterios, contra las ceremonias del culto, contra la jerarquía católica, contra los institutos regulares; no hai práctica piadosa, no hai máxima de perfeccion que no se torne en ridiculo, i no se entregue al escarnio; i de este modo revistiendo con formas deleitables la mentira i la calumnia, las invenciones mas fantásticas, se hace beber el veneno a los lectores, a los espectadores; desde la edad viril hasta la adolescencia todos se ven rodeados de una atmósfera pestilencial, que gangrena los corazones, pervierte las intelijencias, i sepulta en la apostasia las

almas reenjendradas con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Este es el triunfo de que se muestra ufano nuestro siglo tan envanecido en sus progresos. ¡Siglo de perdición, el mas enemigo de Dios que vieron los hombres! Siglo impio, que cree saberlo todo, cuando ignora sus verdaderas relaciones con el Criador! Siglo fanático, que invocando el exámen i la razon, desecha la fé de sus padres, i se vá tras del oro i los placeres, postrándose vilmente ante estos idolos al mismo tiempo que vuelve las espaldas al Salvador!

Pero permitamos, por ahora, que la lectura de los libros irreligiosos no sea un escollo para vuestra fé: que esta *raiz de la inmortalidad*, segun la Escritura, pueda escapar de los aires pestilenciales del error i del gusano secreto del orgullo i la concupiscencia. No es posible llevar mas adelante por un momento nuestra condescendencia. Pero si la lectura de los libros irreligiosos no destruye necesariamente la fé en vuestras almas, no puede dejar de manchar feamente vuestras conciencias con tres pecados, fuera del de temeridad de tomar un veneno: pecado de impiedad, pecado de desobediencia, pecado de escándalo.

Convendreis desde luego en que estos libros hijos del orgullo, blasfeman el nombre de Dios: que calumnian sus designios, corrompen la idea que debemos tener de sus perfecciones, le disputan sus mas gloriosas prerogativas: que ya atacan su santidad como culpable de los males que su Providencia permite, ya insultan a esta por los crímenes que aquella condena: que hacen sospechosa su fidelidad, echan sombras sobre su justicia, degradan su misericordia, haciendo aceptables a sus ojos los cultos mas extravagantes i contrarios a la verdad, i osan ultrajar *el resplandor de la gloria del Padre i la figura de su sustancia*, (HEB. 1. 3.) Jesucristo Nuestro Señor, su hijo mui amado, considerándole como filósofo.

¡I qué! Hijos carísimos: ¿respetais al Dios verdadero, Hacedor de todas las cosas, al Dios salvador i reparador de los hombres, i no os estremeceis llenos de santa indignacion, a la vista del brutal filisteo que osa maldecir al Santo de los santos? ¿Cómo no ardeis en santo celo a vista del profano asirio que insulta al unjido del Señor? ¿No se contrista vuestro corazon al descubrir en esas pájinas tantas i tan detestables impiedades? ¡Qué ignominia! Por una vana curiosidad, por una diversion sin decoro, oscureceis vuestros ojos con esos horrores, los dejais correr por esas líneas trazadas por una mano guiada de espíritus infernales, dais entrada franca en vuestra mente a unas ideas concebidas primero por el príncipe de las tinieblas; i escuchando sus discursos, haceis hablar al blasfemador que aguza su lengua contra Dios, sin que os alteren sus atentados, contentandoos

con no haber asentido al error. ¡O hijos de los hombres, siempre demasiado indulgentes con vosotros mismos! ¿Hasta cuando sereis injustos con Dios?

¿Que pensariais de la fidelidad de un ciudadano, que se trasladase al pais enemigo, para ver desde allí con indiferencia el vilipendio de su patria? qué de la probidad de un amigo, que diese voluntariamente oídos a los apasionados calumniadores de su amigo? qué de la ternura i veneracion de un hijo, que escuchase impasible las mas negras imputaciones contra su padre? Llamariais con justicia traidor al primero, infiel al segundo, i no hallariais nombre con que calificar la monstruosidad del tercero. Ninguna disculpa alcanzaria a justificarlos en vuestro juicio, por mas que alegaran no haber asentido su voluntad a tan abominables procederes. ¿Pues como, cómo quereis hacer valer excusas semejantes en una causa infinitamente mas santa? Alegais pretextos i nada mas que pretextos para paliar una verdadera impiedad, que cometeis contra Dios en la lectura de libros irreligiosos: impiedad que encierra una verdadera desobediencia a la Iglesia depositaria de la autoridad de Dios en la tierra.

Porque aunque el orgulloso filosofismo enajenado con los encantos de una funesta libertad, llame intolerable servidumbre esta feliz dependencia; aunque multiplique i exajere los imaginarios inconvenientes de una tan sabia economía; aunque se esfuerce en inspirar sospechas de debilidad contra la Iglesia, presentando sus prohibiciones como injuriosas a la razon i favorables a la ignorancia: no por eso será menos cierto que los pastores establecidos por Dios para conducir i gobernar su gregi, han recibido del Supremo Pastor el derecho de herir con el cayado las ovejas indóciles, cuando sus silvidos no son bastantes para separarlas de los pastos venenosos: que la Iglesia ha usado de este derecho desde el principio, prohibiendo la lectura de esas obras de tinieblas, bajo severas penas espirituales; i que los especiosos pretextos de la incredulidad i la herejía para eludir los anatemas, no librarán de ellos a nadie, llevándolos en el alma hasta la eternidad. Entónces se convencerán, ya sin remedio, que la Iglesia puede prohibir a sus hijos la lectura de los libros irreligiosos, desvaneciéndose los sofismas con que pretende el mundo sostener el impio abuso de leerlo todo, esponiendo i perdiendo la fé en la vida i el alma en la eternidad.

Al usar la Iglesia de la autoridad que ha recibido de Dios, prohibiendo en su nombre esa desgraciada sabiduría, sin comparacion mas funesta que la ignorancia, sigue la conducta del Criador del Universo, cuando en el paraiso intimó a nuestros padres la mas estrecha prohibicion de comer del árbol de la

ciencia del bien i del mal. Contentaos, nos dice la Iglesia con las palabras del Apóstol, contentaos con una ciencia sobria: *Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.* (ROM. XII. 3): recorred los anales de los siglos pasados; esplotad los tesoros de la historia; estudiad el nacimiento, el progreso i la perfeccion de las artes, los filósofos de la antigüedad; escudriñad los secretos de la naturaleza; todo os es permitido, con tal que por ello no descuideis lo único necesario. *Ex omni ligno Paradisi comedite.*

Pero en cuanto a los frutos justamente sospechosos de ese árbol que os promete una gran ciencia; ciencia llena de duda i de incertidumbre, de orgullo i de presuncion, de infidelidad i de blasfemia; guardaos de tocarlos siquiera, por hermosos i saludables que aparezcan a vuestra vista. *De ligno autem scientiæ boni et mali, ne comedas.* Yo os prohibo absolutamente su uso. ¿Bajo de que pena? De ser separados del cuerpo místico de J. C., privados de los bienes de la sociedad espiritual, de las benéficas influencias de su cabeza; en una palabra, bajo pena de muerte, i de muerte tanto mas terrible, cuanto que extinguiendo todos los principios de la vida sobrenatural, mata a la misma alma. *In quocumque die comederis ex eo, morte morieris.*

Que despues de una amenaza tan terrible, aparezcan los peligrosos tentadores con el fruto prohibido en la mano; i parodiando los artificios del primer seductor, os hagan observar los especiosos coloridos del fruto, exajeren sus raras virtudes, censuren la lei, se burlen de vuestra credulidad, i os prometan luces superiores a vuestro estado, i una especie de igualdad con los mas grandes doctores i maestros de la Iglesia: *eritis sicut dii.* Ah! hijos carísimos: respondedles con una fidelidad mas sostenida que la de la madre de los hombres: «Guardad vuestra sabiduría homicida, i dejadnos nuestra feliz i santa ignorancia, porque Dios nos manda por su Iglesia no tocar esa fruta prohibida para librar nuestra alma de la muerte.» *Præcepit nobis Deus, ne tangeremus illud, ne fortè moriamur.*

Respuesta tanto mas indispensable, cuanto que es casi imposible que el uso de tan funesto presente dé la muerte solo al que lo toma, i no lleve tras de sí a otros muchos por el escándalo: escándalo para todos aquellos a quienes la codicia compromete en cierto modo a preparar esos venenos i esparcirlos por todas partes: escándalo para los que siguiendo el ejemplo van a beber en esas fuentes venenosas: escándalo para aquellos con quienes se tiene una criminal complacencia, dándoles armas peligrosas con que se hieren a sí mismos al tiempo que una impaciente curiosidad registra su artificio: escándalo para los inocentes que, obligados por necesidad a vivir con los que se ali-



mentan de la doctrina de esos libros, oyen cada día objeciones, burlas i desprecios de la fé: escándalo para los infelices herederos que, a la muerte del impio lector, entran en posesion de un tesoro de iniquidad, que ha de arrastrarlos al infierno; i por consiguiente escándalo que comienza por infestar el seno de las familias, que esparce luego el veneno entre los parientes i amigos; que estiende sus llamas desoladoras hasta la posteridad, llevando su maligna influencia de edad en edad, de jeneracion en jeneracion; pero que siempre hará subir hasta su oríjen la causa de esos males, para que caiga sobre los autores de tales libros, i sobre los que especulan con su comercio, la execracion universal, como cayó la de todo Israel sobre aquel príncipe corruptor Jeroboan, que hizo pecar a todo Israel, i que tuvo una parte tan principal en las abominaciones con que se mancharon sus sucesores.

I vosotros los que teniendo sana la fe, os permitis tan fácilmente las lecturas irreligiosas; aunque pueda librarse vuestra fé del mortífero contagio de la incredulidad, ¿no naufragará vuestra conciencia? ¡Qué! ¿Son indignas de vosotros las altas consideraciones de obediencia a la Iglesia, de ejemplo a los prójimos, i de ser cortados de la unidad católica, cesando de ser miembros de J. C? Si no temeis semejantes males, ya empieza a enfermarse vuestra fé, i la muerte de vuestras almas no dilata.

Adoremos entre tanto los ocultos juicios del Señor, que permite a la incredulidad, fruto de la corrupcion de la inteligencia i del corazon, estenderse en nuestra amada patria, donde tanto tiempo habia dominado la fé. Pero temamos, esperemos con temblor los castigos que acaso prepara ya la Justicia Divina por el crimen de apostasía que progresa rápidamente: guardémonos de aumentar los motivos de la ira del Señor: condenemos a presencia de los cielos i la tierra los libros irreligiosos, jamas los apreciemos para nada, i miéntras la orgullosa filosofía exalte mas su mérito, con tanto mayor celo digamos anatema, anatema contra ellos: esos elojios son prueba evidente de su veneno, i de que no merecen otro destino que las llamas.

Sí, Hermanos e Hijos carísimos: el horror, el odio contra los libros irreligiosos es lo único que previene el contàjio, i debe ir en nosotros hasta donde debe ir el amor de la verdad i el cuidado de nuestro mayor i único interes, la salud eterna de nuestras almas. La verdad es esencialmente incompatible con el error; jamas puede aquella ceder sus derechos sin dejar de ser lo que es. Que el fruto mas pingüe de la Santa Cuaresma sea la mas firme resolucion de no condescender con la impiedad en dar pávulo al curso de los libros irreligiosos: que al caer en vuestras manos alguno de esos libros impíos, e in-

morales, luego al punto, al encontrar el veneno, sin pasar una línea adelante, que vaya a las llamas, sin que quede de él otro recuerdo que el disgusto de haberle visto; sin que se hable de semejantes obras de sataná, sino para reprobarlas i condenarlas, para saber preservarse de los que las propagan.

¡Intolerancia! fanatismo! supersticion! grita la filosofía incrédula. Ya los Santos Apóstoles nos dieron el ejemplo de esta intolerancia, de este fanatismo i de esta supersticion; pues predicando S. Pablo en Efeso, “*muchos de los convertidos a la fé, que habian seguido las artes del demonio, trajeron alli los libros i los quemaron delante de todos, aunque su valor subia a cincuenta mil denarios.* (Actos. XIX.—19) Así, la intolerancia no se diferencia en este caso del amor de la verdad, el fanatismo del celo verdadero para conservarla, i la supersticion del inviolable propósito de no dejársela arrebatarse por los seductores i ministros del filosofismo.

Estos son los autores de los libros irreligiosos i sus propagadores. Han sustituido a las antiguas persecuciones, la de la ciencia de opresion de que habla la escritura; mezcla infernal de prudencia i de audacia, de astucia i de impudencia: *Sapienter opprimamus eum* (Exod. I 10.) «Oprimamos la religion, han dicho los impíos, con sabiduria i con arte; hagamos la guerra con cálculo i tino, para que sus efectos sean mas seguros i ménos violentos, *Sapienter*: en lugar de la fuerza empleemos libros, que así en vez de mártires haremos desertores; sirvámonos del nombre mismo de la religion para destruirla; reemplazemos las blasfemias por sofismas, los ultrajes por ironías, las amenazas por alabanzas finjidas; propongámonle paz i alianza, que cuando nos conteste que la vida no puede unirse a la muerte, ni Jesucristo con Belial, ni el cielo con el infierno, le diremos que declara la guerra, que quiere dominar, i que esclaviza la inteiijencia i la libertad del hombre. Calumniemos sus intenciones, si no alcanzamos a desolar su paciencia; i cuando quiera que predique el sacrificio de las pasiones, levantemos estas, dándoles derecho para todo: de instrumentos que son, hagámoslas consejeras i dueñas de todo el hombre.» *Sapienter opprimamus eum.*

Tal es el plan de los impíos, que se descubre en sus libros; persecucion semejante a la que la Iglesia sufrió en los tristes dias del arrianismo, i que el grande S. Hilario de Poitiers deploraba tan elocuentemente dirijiéndose al Emperador Constantio. Creía este ilustre Padre de la Iglesia ménos peligrosa la persecucion de los Neron i Domiciano, que la de los pérfidos arrianos, que con discursos falaces, con lazos encubiertos i halagos aparentes, hacian una cruda i tenaz guerra a la santa

fé católica. *Nunc pugnamus contra persecutorem fallacem, contra hostem blandientem.* ( *Libr. con. Constan.* )

Desconfiad de la funesta sabiduría que encierran todos los libros de los incrédulos; aprended a desechar las capciosas palabras de que se sirven; i no olvideis que el siglo que se llama de las luces, no tiene fé en el que es *Luz de Luz, Luz sustancial*, i por eso es la luz del mundo Jesucristo, que nos dijo: *Yo soi la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbre de la vida.*" (Joan VIII. 12); ni en la Iglesia una, santa, católica, apostólica, que es la que conserva en la tierra la luz verdadera, a Jesucristo Nuestro Señor representado por su Vicario el sucesor de S. Pedro; pues a este, i a los demas Apóstoles, i en cabeza de ellos a todos sus sucesores, les dijo el Hijo de Dios: *Vosotros sois la luz del mundo* (Math. v. 14.).

Precaveos contra los libros irreligiosos, en los cuales nuestra Santa Relijion es envilecida, calumniada, desfigurada; sus beneficios presentados como calamidades; cada cita es una mentira; sus misterios son calificados de visiones, sus milagros de imposturas, sus mártires de fanáticos, sus doctores de ignorantes, sus defensores de perseguidores, i sus mas crueles perseguidores de hombres grandes dignos de la admiracion i del reconocimiento de los siglos; en donde en fin, para cólmo de la impiedad i de la perfidia se hallan conuinados con tal arte, que no se atina que dañe mas a la relijion santa, si los clojios o los ultrajes, las concesiones hipócritas o los violentos ataques que se le dirijen.

¡Padres i madres de familia! Precaved a vuestros hijos contra los libros irreligiosos. En las novelas, en las comedias, bajo diversas formas literarias entra diariamente el veneno en vuestras casas: vuestros hijos lo beben tambien fuera de ellas; vuestras inocentes hijas despiertan con esas lecturas las pasiones, su imaginacion se exalta, su vida no es luego otra cosa que continuos i variados deseos, que entre otros mil males, que no nos atrevemos a espresar, producen el de la frivolidad del espíritu, haciendolas inútiles para Dios, inútiles para la sociedad, inútiles para sí mismas, i en fin desgraciadas, porque ántes de acabar de formarse su carácter en los hábitos graves i sólidos de la virtud, se desvian por las sendas de la ilusion. Todos los dias nos trae la experiencia algun hecho mas que confirme tristemente los estragos que las novelas causan en la juventud femenina. ¡I lo saben los padres i las madres de familia! i sienten ellos mismos tan funesto resultado! i a las veces les cuestan amargas lágrimas i pesadumbre imponderable! I con todo; se quedan en la misma indiferencia! No, no hai nom-

bre bastante significativo con que calificar semejante infidelidad a Dios, a la Iglesia i a la misma naturaleza.

¡Sacerdotes del Señor, cooperadores de nuestro apostolado! Secundad nuestro débil exfuerzo, inculcando en el corazón de los fieles las importantes verdades que la Iglesia enseña. Jamas se ha cumplido tan literalmente la liga de los enemigos de Cristo para hacer la guerra a su cuerpo místico, como entre los escritores irreligiosos, que tienen por auxiliares a los hombres codiciosos, que se enriquecen, no ya con la sangre de la viuda i del huérfano, no ya con las injusticias hechas a los hombres, sino con la sangre de Jesucristo nuestro Señor, cuya inestimable redención hacen inútil para todas las almas que ayudan a corromper, contando con las pasiones en el infame tráfico de libros impíos e inmorales. Redoblad vuestra actividad en la enseñanza del catecismo a los niños i en la predicación de la palabra de Dios, como los agentes del filosofismo redoblan la suya en propagar i difundir los malos libros. Vedad incesantemente, porque se multiplica bajo diversas formas la seducción del espíritu de tinieblas, i la lucha con él toma cada día mayores dimensiones. Que vuestras entrañas se conmuevan, i que os sea ardientemente amada cada alma en particular, para no ahorrar trabajo, fatiga, tribulación, angustia, ni sacrificio alguno por librar las ovejas de Cristo de los lazos del filosofismo, de la herejía i de la corrupción.

Pero advertid al mismo tiempo i predicad: «que la lei de Dios es la que vivifica a los hombres i las sociedades: que ella es la reguladora de todo lo que es conforme a la verdad, de todo lo que santifica, de todo lo que nos hace amables, de todo lo que sirve al buen nombre, de toda virtud, de toda disciplina loable.» San Pablo quiere que estos sean los continuos objetos de nuestro estudio; i no podemos prescindir de hacer la misma exhortación, considerando que de nada tenemos tanta necesidad, como de estrechar los lazos de la caridad, para que desaparezcan de entre nosotros las causas de las disensiones civiles. La paz de la Iglesia depende en cierto modo de la tranquilidad de las naciones:» mientras que las dos ciudades estén mezcladas en la tierra, dice San Agustín, nos servimos de la paz de Babilonia.» (De Civ. Dei. L. 19. c. 17.) La tranquilidad pública sirve a la Iglesia para quitar a sus hijos un jérmén de tentaciones en la peregrinación de la vida; no ciertamente siguiendo aquella paz de molicie que embriaga i envenena los corazones, ni a aquellos hombres que usan de las cosas divinas para gozar del mundo, sino a los que a ejemplo del Apóstol se sirven del mundo para gozar de Dios. Por esto mandaba San Pablo a Timoteo, que «ante todas cosas se hicieran súplicas, oraciones, rogativas,

acciones de gracias por todos los hombres, i por todos los constituidos en altos puestos, para tener una vida quieta i tranquila en el ejercicio de toda piedad i honestidad. Porque cosa es esta, añade, buena i agradable a los ojos de Dios.» Pidiendo a Dios por nuestros magistrados i por la tranquilidad de la República, le pedimos por nosotros mismos, para que jamas se oiga otra voz que la de la fraternidad i de la union, ni haya otro imperio que el de la Constitucion i las leyes; para que de este modo vuelva la belleza de los antiguos tiempos, florezca la pura disciplina, i reine Jesucristo sobre los pueblos i las sociedades; pues en los aciagos dias en que tantas veces hemos visto armados los pueblos contra los pueblos, la Iglesia solo puede a medias instruir, exhortar, corregir i consolar a sus hijos enajenados por las pasiones i ensordecidos a las voces de la fé i de la razon.

Esto decíamos al clero i al pueblo de la Arquidiócesis al entrar a desempeñar el cargo de pastor i maestro de la grei que el Señor nos encomendó: (1) esto repetimos con mayor estension en dos ocasiones posteriores; (2) inculcando al mismo tiempo el deber de conciencia de obedecer al gobierno, i vivir sometidos a las leyes dando a Dios lo que es de Dios, i al César lo que es del César; i esto mismo os repetimos ahora. Porque aunque los mandatarios se varíen, la autoridad que ejercen i el deber de la obediencia jamas varían; la autoridad lejítima siempre es la misma i sus derechos derivados de la autoridad de Dios, tienen oríjen divino, porque no hai potestad que no venga de Dios, i las que existen son ordenadas por Dios.» Siempre vijilantes para llenar nuestro ministerio mirando solo a Dios, «debemos acomodarnos a las circunstancias de los tiempos, como exhortaba San Cipriano a su clero, atendiendo por la comun tranquilidad i bien estar de los fieles con aquella moderacion i mansedumbre, que es el carácter de los siervos de Dios.» (*Epist. IV.*)

Finalmente, Venerables Hermanos i carísimos Hijos: llenos del espíritu de la Iglesia en el santo tiempo en que vamos a entrar, procuremos aplacar la justicia del Señor en el ayuno, en la oracion, en la penitencia. Hagamos subir nuestros jemitos i nuestras oraciones hasta el trono del Altísimo con los jemitos i las oraciones de la Iglesia, que pide misericordia i perdon por nosotros en el nombre de su Esposo; nombre único dado a los hombres debajo del cielo para poder salvarse; nombre por el cual no niega nada el Padre conforme a la promesa del Hijo; en el nombre

(1) *Pastoral de 1.º de Julio de 1835.*

(2) *Pastorales de 1.º de Noviembre de 1835, i de 29 de Febrero de 1839.*

de JESUS al cual se doble toda rodilla en el Cielo, en la tierra i en el infierno. (Philip. II. 10.)

CONCEDEMOS tambien para este año las mismas dispensas que en los anteriores, con arreglo a las facultades que tenemos de la Santa Sede Apostólica.

1.º Podrá usarse de alimentos de carnes saludables en la cuaresma i en los demas días de ayuno, i en los de abstinencia del año con las escepciones que constan en la tabla formada por nuestra Secretaría en 27 de Diciembre de 1836. Esta gracia durará hasta la víspera del miércoles de Ceniza del año de 1851.

2.º Todos los que quisieren hacer uso de la gracia espresada darán una vez en el año de la concesion, i segun lo que su caridad les sujiera, una limosna a la Iglesia parroquial de su residencia. Los pobres, los jornaleros i los hijos de familia, rezarán una vez en el año de la concesion treinta i tres padre nuestros en memoria de los treinta i tres años que vivió Ntro. Señor Jesucristo en la tierra. Los privilejios de los indíjenas quedan en su vigor.

3.º Los Curas harán poner una arquilla en sus iglesias para que echen allí los fieles las limosnas, o destinarán para este fin temporalmente la que hubiere en sus iglesias, aunque tenga otro objeto. Donde no sea fácil poner la arquilla se darán las limosnas al mayordomo de fábrica: él tomará tambien las que resulten de la arquilla, i todas se destinarán a los reparos mas necesarios de las iglesias, especialmente de ornamentos.

4.º Los militares veteranos i de guardia nacional en servicio quedan dispensados de la abstinencia i del ayuno; pero no podrán promiscuar. Los militares retirados, o que no esten en servicio, seguirán la regla comun de todos los fieles de la Arquidiócesis.

Este edicto se publicará en Nuestra Santa Iglesia Metropolitana i en las parroquiales.

Dado en Bogotá, a quince de enero de mil ochocientos i cincuenta.

† *Manuel José, Arzobispo de Bogotá.*

El Secretario.

*Gregorio de Jesus Fonseca.*

UNIVERSIDAD  
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

**BIBLIOTECA**  
**Universidad Eafit**



62000001523461







